

## RETIRO: “LAS PARÁBOLAS DE JESÚS”

### V.- EL FARISEO Y EL PUBLICANO.

*(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)*

#### VER:

Jesús proclamó por todas partes el Reino de Dios, pero si alguien le preguntaba en qué consistía ese “Reino”, no le respondía con una definición. Lo hacía contando breves historias, llamadas “parábo-  
las”.

Una parábola es un relato, formado a partir de hechos sacados de la vida cotidiana, a través del cual se intenta explicar una realidad o verdad. En las parábo-  
las, las realidades invisibles se explican mediante su comparación con realidades terrenas, visibles, y Jesús las utilizó para el anuncio de su Buena Noticia.

En el primer retiro estuvimos reflexionando la parábola de la semilla que crece por sí sola, y veíamos que la semilla de Dios tiene un dinamismo silencioso pero imparable, y fructificará con toda seguridad.

En el segundo retiro vimos que no somos conscientes, cada mañana, de que desde que nos levantamos, salimos a sembrar, como el sembrador de la parábola. El mero talante con que nos enfrentamos a nuestra vida diaria, ya desde dentro de nuestra casa, es una siembra.

En el tercer retiro reflexionamos las parábo-  
las del grano de mostaza y la levadura en la masa, y vimos que hemos de aprender a vivir nuestra fe como testigos fieles de Jesús, “en minoría”, como el grano de mostaza, como la levadura, para poder ser fermento de un mundo más humano.

En el cuarto retiro contemplamos la parábola de las doncellas prudentes y las necias, sabiendo que también hay cristianos expectantes, vitales, y cristianos adormecidos, con una fe apagada.

Y en este retiro vamos a orar con la parábola del fariseo y el publicano, para descubrir que todos poseemos parcelas personales de fariseísmo, porque aunque nos reconocemos pecadores, en realidad no acabamos de creérnoslo.

#### Para la reflexión:

- ¿Cuántas parábo-  
las de Jesús conoces?
- ¿De todas ellas, qué parábola es la más significativa para mí? ¿Por qué?
- ¿Sabría explicar la parábola del fariseo y el publicano?

## JUZGAR:

### Lc 18, 9-14:

En aquel tiempo, a algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás, dijo Jesús esta parábola:

—«Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: “¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo.”

El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: “¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador.”

Os digo que éste bajó a su casa justificado, y aquél no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.»

Para comprender bien esta parábola, debemos recordar que los fariseos eran hombres piadosos, entregados a la búsqueda de la voluntad de Dios para alcanzar la santidad. Pensaban que el cumplimiento minucioso de la Ley de Moisés los purificaba de sus pecados y les permitía participar de la santidad de Dios. Para conservar el estado de pureza conseguido, se obligaban a mantenerse apartados de los que ellos consideraban “pecadores”. De hecho, “fariseo” significa “separado”. Los publicanos, por su parte, eran cobradores de impuestos para Roma. Se les despreciaba por trabajar para el Imperio opresor y, además, se les consideraba poco honrados.

Al pronunciar esta parábola, Jesús se refiere directamente a **algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás**, es decir, los fariseos. Y la conclusión de la parábola es que el miserable publicano consigue el favor de Dios, **os digo que éste bajó a su casa justificado**, y el fariseo sin tacha **no**.

Una vez más Cristo, haciendo caso omiso de los prejuicios comunes, invierte el estereotipo del *bueno y del malo de la película*. ¿Qué mal ha hecho el fariseo? Él no miente sobre su observancia y fidelidad. ¿Y qué ha hecho de bueno el publicano? Nada. Entonces, ¿por qué agrada a Dios éste segundo y le desagrada el primero?

Jesús no responde directamente a estos interrogantes. Jesús emplea la pedagogía del contraste, al presentar en su parábola dos tipos contrapuestos de religiosidad, encarnados en un fariseo y en un publicano que van al templo a orar.

El fariseo encarna el modelo autosuficiente, que se apunta a la contabilidad del mérito. Su oración a Dios parece ser de agradecimiento, pero de hecho no es ni oración, ni menos de acción de gracias. Porque, según él, es Dios quien tiene que “agradecerle” sus propios méritos, acumulados mediante una observancia legal tan exacta y generosa que incluso va más allá de lo prescrito en la Ley.

Como piadoso fariseo que es, dice: **ayuno dos veces por semana**, aunque por la Ley sólo estaría obligado a ayunar una vez al año, el día de la Expiación. Además, continúa: **pago el diezmo de todo lo que tengo**, aunque la ley del diezmo no era obligación del consumidor, sino del productor, y se limitaba al grano, el mosto y el aceite. Dice de sí mismo, **no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano**.

Realmente, este fariseo es una “joya”, una maravilla de hombre religioso. Lo malo es que convierte en autoincienso tal religiosidad; y lo peor de todo es que desprecia a los demás, especialmente al publicano que está a su lado, porque, a diferencia de él, todos éstos son pecadores: ladrones, injustos y adúlteros.

El reverso de la moneda es el publicano o recaudador de impuestos. En su oración empieza por reconocerse pecador y culpable ante Dios: no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: “¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador.”

Su inventario espiritual está vacío por completo. De hecho, su currículum es impresentable: ladrón y usurero, sanguijuela de los pobres, huérfanos y viudas, transgresor obstinado de la Ley, avariento y estafador. Con todo eso, pertenece a la casta de los hombres perdidos sin remedio.

Jesús sabe que su mensaje es superfluo para quienes viven seguros de sí mismos y satisfechos en su propia religión. Los “justos” apenas tienen sensación de estar necesitados de salvación. Les basta la tranquilidad que les proporciona sentirse dignos ante Dios y considerados ante los demás.

El que se siente pecador vive una experiencia diferente. Tiene conciencia clara de su miseria. Sabe que no puede presentarse con suficiente dignidad ante nadie, y menos ante Dios. Pero sabe que sólo encontrará la salvación abandonándose confiadamente a Su amor infinito.

De ahí que en la parábola el acento no hay que ponerlo en las figuras contrapuestas de los personajes, ni siquiera en la oración humilde representada por el publicano, sino sobre todo en la misericordia de Dios. Por eso el desenlace de la escena es que el publicano vuelve a su casa justificado por Dios, pues halló gracia ante Él, y el fariseo no, porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.

El fariseo se presenta como rico de méritos ante Dios; y el publicano, en cambio, como pobre: esto es precisamente lo que le gana el corazón de Dios. El fariseo no aprueba el examen de Dios porque, a diferencia del publicano, prefiere la seguridad de la Ley a la aventura del amor; prefiere la contabilidad del mérito al riesgo de la fragilidad humana. Pero a Dios no le gusta la actitud mercantil en quienes le sirven.

Los prototipos contrapuestos del fariseo y del publicano nos recuerdan que somos fariseos cada vez que apelamos a nuestra buena conciencia, nuestro cumplimiento cultural, nuestra mayor cultura o status religioso y social, para creernos mejores y despreciar a los “nuevos publicanos” de hoy.

Si somos honestos, reconoceremos que a menudo también rezamos como diciendo: “Te doy gracias, Señor, porque no soy como...” Y entonces quedamos, como el fariseo, excluidos de la misericordia del Señor, que sólo alcanzaremos confesándonos pecadores, como hizo el publicano, y como hacemos nosotros al principio de cada Eucaristía.

### **Para la reflexión:**

- ¿Con cuál de los dos personajes me identifico más? ¿Por qué?
- Cuando rezamos, ¿con qué actitud lo hacemos? ¿En qué ocasiones o por qué motivos digo, como el fariseo: “Te doy gracias, Señor, porque no soy como...”?
- Medito este párrafo: El fariseo se presenta como rico de méritos ante Dios; y el publicano, en cambio, como pobre: esto es precisamente lo que le gana el corazón de Dios. El fariseo no aprueba el examen de Dios porque, a diferencia del publicano, prefiere la seguridad de la Ley a la aventura del amor; prefiere la contabilidad del mérito al riesgo de la fragilidad humana.
- Las obras del fariseo eran buenas, pero su motivación no: ¿Qué nos mueve en nuestro comportamiento como cristianos: ser bien vistos por los demás, “ganarnos el cielo”, o bien ser fieles al Señor y expresar con nuestra vida Su rostro misericordioso?

Pero aunque, como hemos dicho, en esta parábola el acento debe ponerse sobre todo en la misericordia de Dios, lo cierto es que Jesús nos presenta a los dos personajes para enseñarnos la necesidad de orar desde una actitud humilde.

Como hemos dicho, el fariseo encarna un tipo de oración que no expresa realmente la acción de gracias, sino la satisfacción de sí mismo. Y para admirar mejor su propia perfección, tiene necesidad del “espejo” del publicado, que le devuelve la imagen de los defectos ajenos: ladrones, injustos, adúlteros... El fariseo no ora, sino que se mira, se contempla y se escucha a sí mismo.

El fariseo “se ha hecho a sí mismo” con sus prácticas religiosas que exceden lo establecido por la Ley. Y por eso, presume de su justicia ante Dios, en vez de esperar recibirla de Él. En vez de examen de conciencia, hace examen de autocomplacencia: todo lo hace bien. Este hombre vive envuelto en la ilusión de la inocencia total: no es como los demás. Y desde su vida aparentemente santa, no puede evitar sentirse superior a quienes no pueden presentarse ante Dios con los mismos méritos que él.

El publicano, al contrario, no multiplica sus palabras. Su oración es sobria, humilde, penetrada de la conciencia de su propia indignidad y de las propias miserias. Se reconoce pecador, y no pretende en absoluto llamar la atención de Dios presentándose como un personaje virtuoso que no es. No promete nada. No puede dejar su trabajo ni devolver lo que ha robado. No puede cambiar de vida. Sólo le queda abandonarse a la misericordia de Dios.

La oración del publicano brota de su condición de pecador arrepentido; la del fariseo, del orgullo por las obras buenas que realiza. De ahí que la oración del publicano es escuchada, y en cambio la del fariseo, no.

Los cristianos corremos el riesgo de pensar que “no somos como los demás”, que somos los “santos” y que el resto del mundo vive en pecado. Los discípulos de Jesús, los cristianos de todos los tiempos, somos invitados a orar como aquel publicano, reconociendo humildemente nuestra propia condición de pecadores y abriéndonos desde la fe a la acción misericordiosa de Dios.

No es suficiente, por lo tanto, preguntarnos “cuánto” rezamos, debemos preguntarnos también “cómo” rezamos, o mejor, cómo es nuestro corazón: es importante examinarlo para evaluar los pensamientos, los sentimientos, y extirpar arrogancia e hipocresía.

Solamente debemos orar poniéndonos ante Dios así como somos. Estamos todos atrapados por las prisas del ritmo cotidiano. Es necesario aprender a encontrar de nuevo el camino hacia nuestro corazón, recuperar el valor de la intimidad y del silencio, porque es allí donde Dios nos encuentra y nos habla. Ambos, el fariseo y el publicano, se pusieron en camino hacia el templo; pero el fariseo se siente tan seguro de sí que no se da cuenta de haber extraviado el camino de su corazón.

La parábola enseña que se es justo o pecador no tanto por las obras concretas que hagamos, sino por el modo de relacionarse con Dios y por el modo de relacionarse con los hermanos. Los gestos de penitencia y las pocas y sencillas palabras del publicano testimonian su conciencia acerca de su mísera condición. Su oración es simple. Se comporta como alguien humilde, seguro sólo de ser un pecador necesitado de piedad. Si el fariseo no pedía nada porque ya lo tenía todo, mientras que el publicano sólo puede mendigar la misericordia de Dios.

El fariseo es precisamente la imagen del que finge rezar, pero sólo quiere pavonearse ante un espejo. Así, en la vida, quien se cree justo y juzga a los demás y los desprecia, es un soberbio y un hipócrita. La soberbia compromete toda acción buena, vacía la oración, aleja de Dios y de los demás. Presentándose «con las manos vacías», con el corazón desnudo y reconociéndose pecador, el publicano muestra a todos nosotros la condición necesaria para recibir el perdón del Señor. Al final, precisamente él, el despreciado, se convierte en imagen del verdadero creyente.

Si Dios prefiere la humildad no es para degradarnos: la humildad es más bien la condición necesaria para ser levantados de nuevo por Él, y experimentar así la misericordia que viene a colmar nuestros vacíos. Si la oración del soberbio no llega al corazón de Dios, la humildad del mísero lo abre de par en par. Dios tiene una debilidad: la debilidad por los humildes. Porque ante un corazón humilde, Dios abre totalmente su corazón.

### **Para la reflexión:**

- ¿Cómo es mi oración? ¿Qué le digo o pido a Dios habitualmente?
- El fariseo no ora, sino que se mira, se contempla y se escucha a sí mismo. En vez de examen de conciencia, hace examen de autocomplacencia: todo lo hace bien. Este hombre vive envuelto en la ilusión de la inocencia total: no es como los demás. Y desde su vida aparentemente santa, no puede evitar sentirse superior. ¿Descubro algunos de estos rasgos en mí?
- El publicano no multiplica sus palabras. Su oración es sobria, humilde, penetrada de la conciencia de su propia indignidad y de las propias miserias. Se reconoce pecador, y no pretende en absoluto presentarse como un personaje virtuoso que no es. No promete nada. No puede dejar su trabajo ni devolver lo que ha robado. No puede cambiar de vida. Sólo le queda abandonarse a la misericordia de Dios. ¿Descubro algunos de estos rasgos en mí?
- Medito este párrafo: Si Dios prefiere la humildad no es para degradarnos: la humildad es más bien la condición necesaria para ser levantados de nuevo por Él, y experimentar así la misericordia que viene a colmar nuestros vacíos. Si la oración del soberbio no llega al corazón de Dios, la humildad del mísero lo abre de par en par. Dios tiene una debilidad: la debilidad por los humildes. Porque ante un corazón humilde, Dios abre totalmente su corazón.

### **ACTUAR:**

Es importante recordar que Jesús dijo esta parábola por los que, **teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás**. Por tanto, en su lectura actual, los destinatarios son los creyentes cumplidores y devotos que ceden a la tentación de instalarse en su buena conducta y son proclives a la intransigencia y la descalificación de los demás.

Por desgracia, sigue vivo el fariseísmo, esa actitud religiosa que nos impide vernos tal como somos, y que falsea nuestra relación con Dios y con los demás. Es constatable que esa religiosidad de escaparate no es cosa del pasado; no ha muerto ni morirá nunca, porque su fundamento es la perenne soberbia humana. Por eso casi nadie está exento de su contaminación.

Esta parábola nos enseña que el antídoto contra el pecado no es la virtud, sino la fe. Una fe que nos hace abrir los ojos ante nuestra propia “nada” pero también ante el “todo” de Dios, ante su misericordia.

Con esta parábola Cristo nos revela un Dios que no sabe contar los méritos, pero que da, sin contar, su misericordia y su perdón a quien reconoce que tiene necesidad de Él. Dios no está interesado en nuestro currículum de méritos, sino en la confianza que depositamos en Él.

Ante Dios no cabe alardear de virtuoso para alcanzar su favor. Él conoce el corazón del ser humano y acoge al pecador arrepentido. Las obras que realiza el fariseo son realmente buenas, pero su actitud no lo es. La salvación no es un pago por las buenas obras realizadas, sino un don gratuito de Dios, que es compasivo y misericordioso. La fe del publicano le mueve a poner su vida en las manos de Dios; la orgullosa seguridad en sus obras lleva al fariseo a confiar más en su propia virtud que en el Dios de la misericordia.

Por último, tengamos presente que la parábola nos habla de dos hombres, un fariseo y un publicano, pero en realidad no se trata de dos personas distintas, sino de dos actitudes que pugnan en el interior de cada uno. Tengo que descubrir y reconocer que hay en mí un poco del uno y otro poco del otro. Si no lo reconozco, es fácil darle la vuelta al sentido de la parábola.

Es muy difícil presentarse delante de Dios como pecador. Cada vez que nos sorprendemos a nosotros mismos con las manos en la masa, culpables de un flagrante delito, lo primero que hacemos es huir del rostro de Dios como Adán: “Tuve miedo y me escondí” (Gn 3, 10). Pensamos: “¡Cómo me voy a presentar así delante de Dios! No resisto esa vergüenza. Tengo que esperar a que se me pase el mal sabor de boca que me ha dejado mi pecado.”

Lo que solemos hacer en esos casos es tratar de restaurar por nuestra cuenta nuestra autoestima herida, hacer alguna obra buena que nos devuelva el sentido de autocomplacencia. Cuando ya solitos hemos mejorado nuestra imagen, entonces acudimos a Dios en la oración y nos presentamos ya “dignos” ante su presencia.

Lo más grave del caso es que cuando me niego a presentarme ante Dios como pecador, me estoy privando de hacer la experiencia más maravillosa de todas: descubrir que Dios me ama y me acoge tal como soy; descubrir que soy amado en mi condición de pecador, que no tengo que hacer méritos antes.

La ternura de Dios sólo se percibe desde la realidad del pecado. Cuando no quiero confrontar mi pecado con Dios, me privo de descubrir su ternura, que es precisamente su amor por lo imperfecto. Ante Dios, como dijo el teólogo Bonhoeffer, puedes ser el pecador que eres. No necesitas maquillarte.

Cuando nos veamos juzgados, sintámonos comprendidos por Dios; cuando nos veamos rechazados por la sociedad, sepamos que Dios nos acoge; cuando no soportemos nuestra indignidad, sintamos el perdón de Dios. No lo merecemos, es verdad; nadie lo merece, pero Dios es amor y perdón. Sólo nos queda, con toda humildad, agradecerlo y ponernos en sus manos.

Y cuando uno ha hecho, como el publicano, la experiencia de la ternura de Dios, es más fácil entonces sentir uno también ternura por los demás en su condición de pecadores, ya no se fija en los pecados y defectos del otro, del hermano. Lo peor del fariseo no era tanto su autocomplacencia cuanto el desprecio que sentía por el publicano. Cuando uno se ha sentido perdonado gratuitamente, sin hacer méritos, ya no siente ganas de ir por la vida juzgando a los demás, ha descubierto al otro, al hermano, como un don, como un regalo de Dios.

### ***Para la reflexión:***

- Dios no está interesado en nuestro currículum de méritos, sino en la confianza que depositamos en Él. ¿Cómo me autoevalúo respecto a mi confianza en Dios?
- Es muy difícil presentarse delante de Dios como pecador. Pensamos: “¡Cómo me voy a presentar así delante de Dios! No resisto esa vergüenza” Lo que solemos hacer en esos casos es alguna obra buena que nos devuelva el sentido de autocomplacencia. Cuando ya solitos hemos mejorado nuestra imagen, entonces acudimos a Dios en la oración y nos presentamos ya “dignos” ante su presencia. ¿Ocurre así en mi caso?
- Medito este párrafo: La ternura de Dios sólo se percibe desde la realidad del pecado. Cuando no quiero confrontar mi pecado con Dios, me privo de descubrir su ternura, que es precisamente su amor por lo imperfecto. Ante Dios, como dijo el teólogo Bonhoeffer, puedes ser el pecador que eres. No necesitas maquillarte. Cuando nos veamos juzgados, sintámonos comprendidos por Dios; cuando nos veamos rechazados por la sociedad, sepamos que Dios nos acoge; cuando no soportemos nuestra indignidad, sintamos el perdón de Dios. No lo merecemos, es verdad; nadie lo merece, pero Dios es amor y perdón. Sólo nos queda, con toda humildad, agradecerlo y ponernos en sus manos.
- Cuando uno ha hecho, como el publicano, la experiencia de la ternura de Dios, es más fácil entonces sentir uno también ternura por los demás en su condición de pecadores. Cuando uno se ha sentido perdonado gratuitamente, sin hacer méritos, ya no siente ganas de ir por la vida juzgando a los demás, ha descubierto al otro, al hermano, como un don, como un regalo de Dios. ¿Tengo esta experiencia?

## RETIRO: “LAS PARÁBOLAS DE JESÚS”

### V.-EL FARISEO Y EL PUBLICANO.

*(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)*

#### VER:

- ¿Cuántas parábolas de Jesús conoces?
- ¿De todas ellas, qué parábola es la más significativa para mí? ¿Por qué?
- ¿Sabría explicar la parábola del fariseo y el publicano?

#### JUZGAR – Lc 18, 9-14:

En aquel tiempo, a algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás, dijo Jesús esta parábola:

—«Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: “¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo.”

El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: “¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador.”

Os digo que éste bajó a su casa justificado, y aquél no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.»

- ¿Con cuál de los dos personajes me identifico más? ¿Por qué?
- Cuando rezamos, ¿con qué actitud lo hacemos? ¿En qué ocasiones o por qué motivos digo, como el fariseo: “Te doy gracias, Señor, porque no soy como...”?
- Medito este párrafo: El fariseo se presenta como rico de méritos ante Dios; y el publicano, en cambio, como pobre: esto es precisamente lo que le gana el corazón de Dios. El fariseo no aprueba el examen de Dios porque, a diferencia del publicano, prefiere la seguridad de la Ley a la aventura del amor; prefiere la contabilidad del mérito al riesgo de la fragilidad humana.
- Las obras del fariseo eran buenas, pero su motivación no: ¿Qué nos mueve en nuestro comportamiento como cristianos: ser bien vistos por los demás, “ganarnos el cielo”, o bien ser fieles al Señor y expresar con nuestra vida Su rostro misericordioso?

- 
- ¿Cómo es mi oración? ¿Qué le digo o pido a Dios habitualmente?
  - El fariseo no ora, sino que se mira, se contempla y se escucha a sí mismo. En vez de examen de conciencia, hace examen de autocomplacencia: todo lo hace bien. Este hombre vive envuelto en la ilusión de la inocencia total: no es como los demás. Y desde su vida aparentemente santa, no puede evitar sentirse superior. ¿Descubro algunos de estos rasgos en mí?
  - El publicano no multiplica sus palabras. Su oración es sobria, humilde, penetrada de la conciencia de su propia indignidad y de las propias miserias. Se reconoce pecador, y no pretende en absoluto presentarse como un personaje virtuoso que no es. No promete nada. No puede dejar su trabajo ni devolver lo que ha robado. No puede cambiar de vida. Sólo le queda abandonarse a la misericordia de Dios. ¿Descubro algunos de estos rasgos en mí?
  - Medito este párrafo: Si Dios prefiere la humildad no es para degradarnos: la humildad es más bien la condición necesaria para ser levantados de nuevo por Él, y experimentar así la misericordia que viene a colmar nuestros vacíos. Si la oración del soberbio no llega al corazón de Dios, la humildad del mísero lo abre de par en par. Dios tiene una debilidad: la debilidad por los humildes. Porque ante un corazón humilde, Dios abre totalmente su corazón.

## ACTUAR:

- Dios no está interesado en nuestro currículum de méritos, sino en la confianza que depositamos en Él. ¿Cómo me autoevalúo respecto a mi confianza en Dios?
- Es muy difícil presentarse delante de Dios como pecador. Pensamos: “¡Cómo me voy a presentar así delante de Dios! No resisto esa vergüenza” Lo que solemos hacer en esos casos es alguna obra buena que nos devuelva el sentido de autocomplacencia. Cuando ya solitos hemos mejorado nuestra imagen, entonces acudimos a Dios en la oración y nos presentamos ya “dignos” ante su presencia. ¿Ocurre así en mi caso?
- Medito este párrafo: La ternura de Dios sólo se percibe desde la realidad del pecado. Cuando no quiero confrontar mi pecado con Dios, me privo de descubrir su ternura, que es precisamente su amor por lo imperfecto. Ante Dios, como dijo el teólogo Bonhoeffer, puedes ser el pecador que eres. No necesitas maquillarte. Cuando nos veamos juzgados, sintámonos comprendidos por Dios; cuando nos veamos rechazados por la sociedad, sepamos que Dios nos acoge; cuando no soportemos nuestra indignidad, sintamos el perdón de Dios. No lo merecemos, es verdad; nadie lo merece, pero Dios es amor y perdón. Sólo nos queda, con toda humildad, agradecerlo y ponernos en sus manos.
- Cuando uno ha hecho, como el publicano, la experiencia de la ternura de Dios, es más fácil entonces sentir uno también ternura por los demás en su condición de pecadores. Cuando uno se ha sentido perdonado gratuitamente, sin hacer méritos, ya no siente ganas de ir por la vida juzgando a los demás, ha descubierto al otro, al hermano, como un don, como un regalo de Dios. ¿Tengo esta experiencia?

## EL FARISEO Y EL PUBLICANO

Va caminando un fariseo hacia el templo para rezar al Dios del cielo, como es su obligación, mientras camina piensa para sus adentros, que es un hombre superior:

“Gracias, Señor, porque me has hecho tan perfecto, pues hago ayuno, doy limosna, pago el diezmo con rigor, soy muy correcto y cumple todos los preceptos, si me comparo, soy mejor.

Yo no soy, Señor como son los otros hombres, que injustos son, y también estafadores, mentirosos y ladrones”.

Rezaba junto al fariseo, un publicano sin atreverse a levantar los ojos por la humillación, con gran pudor cubría el rostro con sus manos, y así decía en su oración:

“Oh, mi Señor, soy pecador, yo no merezco que me perdes pero te suplico: dame tu perdón, quisiera ser un hombre bueno mas no puedo Oh, mi Señor, ten compasión”

El buen Dios oyó la oración del publicano y se conmovió, viéndole tan humillado perdonó su gran pecado.

Le perdonó y olvidó todos sus delitos compadecido los borró, después le dio su bendición, vertió su Gracia desde el cielo y lo bendijo, y al fariseo ignoró.

Porque el Señor alza a los que se humillan y da humillación, a los orgullosos que se creen muy virtuosos. A esos no los escuchó.

Lara lalara larará lalaralara... etc

*(Jaime Olguín Mesina – Iván Olguín Pisani)*

<https://www.youtube.com/watch?v=6gbdss2Kc-s>

